

SEGUNDO LUGAR - tercer grado

Autor: Ian Matías Fallas Álvarez - **Escuela:** Cañas Dulces
Dirección regional: Liberia, Guanacaste - **Docente:** Laura Salas Trejos
Bibliotecóloga: Ana Lorena Sandoval Camareno

La enorme granja

Había una vez un gallo llamado Piki, era amante de la naturaleza y tenía un gran corazón. Cierta día andaba caminando por un hermoso valle, repleto de flores, cuando de repente, en lo alto de la montaña, pudo ver una granja enorme que estaba a la venta.

- ¡Esto es lo que siempre había deseado! -se dijo el gallo emocionado-. Sin embargo, no tengo suficiente dinero para comprarla.

A Piki le costaba mucho ahorrar, pues cada monedita que recibía la gastaba en la pulpería del viejo gallo Pelón.

Se sentó entonces bajo un árbol de almendro. Cruzó sus patas, colocó las puntas de sus alas sobre la parte inferior de su pico y pensó cómo



podía hacer para comprar aquella hermosa granja.

Al cabo de un rato tuvo una idea: - ¡Iré a casa de Max!-, exclamó emocionado.

Max era el perro guardián del jefe del pueblo, el cual tenía mucho dinero y lo compartía con Max. El perro también soñaba con tener una granja en la cual vivir y ser feliz con sus amigos.

Saltando que volando llegó Piki a la casa de Max. Este dormía tranquilamente su siesta en su casita de madera, echado sobre un suave colchoncito de color verde.





- ¡Max!- gritó el gallo.

Max levantó la cabeza, adormilado aún, y le dijo: - ¿Qué pasa amigo?
¿Cuál es la prisa que traes?

Piki, jadeante por haber corrido, le dijo: - Encontré la granja que tanto hemos soñado. Es grande y espaciosa. Tiene un río que la recorre de lado a lado, con aguas azules y limpias, tan puras como las nubes de la montaña.

- Y, ¿eso qué conmigo?-, preguntó Max.

- ¡Es bella! ¡Y está a la venta!-, gritó el gallo emocionado.

De nuevo, el perro le preguntó: - ¿Qué tiene que ver conmigo esa granja y esa emoción que traes, amigo?

- Préstame el dinero para comprar la granja y te vienes a vivir conmigo. Allá encontrarás la libertad que siempre has soñado, podremos nadar, ir de pesca y de cacería; en fin, será nuestro paraíso en la tierra-, le propuso Piki.

- Un momento -dijo el perro-. Yo siempre he ahorrado dinero para mi vejez. No quiero depender de nadie cuando sea viejo, como el perro de la pulpería donde gastas todo tu dinero. Es un sueño para mí tener una granja como la que dices; sin embargo, si gasto mis ahorros, ¿cómo haré en mi vejez?

Cabizbajo, el gallo se marchó de la casa de su amigo. Cuando pasaba por el lago, con su cresta caída, sus ojos fijos al suelo y a paso lento, la patita Marta le preguntó: - ¿Qué te sucede amiguito? ¡Te ves mal!

- Estoy muy triste -dijo Piki-. Quiero comprar una hermosa granja que está en la montaña, pero no tengo el dinero necesario. Le pedí ayuda a mi amigo Max, pero a él le interesa más pensar en su vejez que disfrutar del presente.

La patita entristeció por la pena de su amigo y le dijo: - Tampoco yo te puedo ayudar. Como sabes, tengo varios hijos que mantener y el pago de nuestro espacio en el lago para poder vivir. Sin embargo, tengo una idea. Vamos donde una amiga que podrá ayudarte.

En un charco cercano, lleno de lodo y hierba, hallaron a Panchita, la cerdita panzoncita. La patita la saludó y ella les dijo: -Pasen adelante, ¿en qué les puedo servir?



Cuando le contaron la historia de la granja que deseaba Piki, la cerdita se derritió en elogios para ella misma, diciendo: -Yo tengo mucho dinero. Tengo cuentas en tres bancos, tengo tarjetas de crédito y de débito y, además, mis charcos de lodo son muy visitados por los cerdos de toda la ciudad, por lo que todos los días gano más y más dinero. De todo lo que gano, ahorro el cincuenta por ciento.

Los tres amigos charlaron durante varias horas sobre ahorros, cuentas, intereses y ganancias. Al llegar la noche se retiraron a dormir.

Al día siguiente, el gallo Piki se bañó tempranito y se fue, después de dar los buenos días a todos con su espectacular quiquiriquí, a buscar trabajo. Rápidamente encontró al pulpero, el señor Pelón, quien le dio trabajo en su negocio acomodando mercadería, vendiendo y hasta administrando el negocio, dado que él ya estaba muy mayor para atender las ventas.

En poco tiempo el gallito se convirtió en un gran negociante. La pulpería se transformó en un supermercado, que luego se multiplicó con varias sucursales. Gracias a su capacidad, el señor Pelón lo convirtió en su socio y heredero.

Muy agradecido con el señor Pelón, el gallito empezó a ahorrar en el banco, tanto de su salario como de las ganancias que obtenía como socio de la cadena de supermercados del que era dueño, junto al señor Pelón.

Cinco años después de que empezó a trabajar en la pulpería, el gallo dio una gran fiesta para inaugurar su casa construida en la enorme granja de la montaña, la cual había logrado comprar con todo el dinero ahorrado durante esos años, gracias a la ayuda de su amigo, el finado señor Pelón. Además de heredarle sus negocios como si fuera su hijo, él le enseñó a ser un gallito honesto y muy trabajador. Sobre todo, le enseñó esta frase que guardó como un tesoro invaluable para la vida: “El que guarda, siempre tiene”.

En aquella fiesta disfrutaron de las piscinas nuevas, del lago de aguas azules, de los alimentos que había sembrado el gallito y de las ganancias que tuvo por ahorrar su dinero en lugar de gastarlo.

Así pasaron los años, Piki y sus amigos, derrochando amor y amistad, felices con la granja pero siempre ahorrando para un futuro mejor.